

Horror a la indeterminación

... en todo caso el pensamiento del ser se anuló a sí mismo cuando se hizo pensamiento de la determinación, es decir, cuando intentó que la lógica absorbiera la ontología. Cuando trató no de suspender en forma provisoria la temporalidad por hipótesis trascendental, sino de suprimirla realmente.

C. Castoriadis, *Hecho y por hacer*, p. 213

Tal como Castoriadis denuncia en estas pocas líneas, gran parte de la filosofía occidental, sino la totalidad de la misma, se ha constituido como un permanente intento de desterrar la indeterminación del horizonte de la reflexión misma. Esta empresa ha derivado en algunos casos en la construcción de grandes sistemas filosóficos, cuya apoteosis es a todas luces Hegel.

El rasgo distintivo de todos estos sistemas es que todos buscaron, de un modo u otro, establecer la imposibilidad ontológica de la indeterminación, derivándose de allí enormes impactos negativos a la hora de concebir el mundo histórico-social y el horizonte de sus posibles transformaciones. En torno a este último aspecto es que el recorrido propuesto en este artículo se enfocará. Y no porque se asuma, lo que en el esquema tradicional se denominaría una postura idealista, dentro de la cual la filosofía—el pensar en sí mismo—es la que en última instancia determina el rumbo de las transformaciones socio-históricas, sino que lo que motiva aquí la elucidación es que resulta evidente la necesidad—y la urgencia—de superar y abandonar aquel esquema dicotómico de idealismo/materialismo, tanto en el campo de la reflexión como en el seno de la práctica política. En esta búsqueda, es posible leer

la tradición filosófica como un elemento emergente, como un síntoma, si se quiere, pero solo uno más entre otros tantos, de aquello que aquí se denomina *el horror a la indeterminación*.

Hay que aclarar sin embargo que la huella de este horror no ha sido hegemónica en la cultura occidental, y es así que en ruptura con esta tendencia dominante, en los albores del siglo XX y su posterior desarrollo, es posible encontrar algunos intentos teóricos/prácticos que asumen los desafíos que plantea una búsqueda de alternativas frente a los callejones sin salida que ha planteado una ontología de la determinación. Cabe preguntarse entonces: ¿será posible adentrarse aún más en ese camino y profundizar en modos de pensar/hacer que no tomen la determinación como paradigma? Si bien sería imposible en este artículo hacer justicia a esa otra tradición casi marginal que se hace cargo de la indeterminación, básicamente por la amplitud y diversidad de sus orígenes. En líneas generales, se pueden agrupar bajo ese aire de familia, en primer término todos aquellos intentos de pensar/hacer que toman como punto de partida, y de llegada también, la indeterminación de la existencia en su sentido más radical, y asumen de este modo el riesgo de la precariedad que en el plano práctico

(ético/político) esto implica. Todos estos intentos comparten a su vez un segundo rasgo distintivo que puede resumirse en la búsqueda de la superación de los clásicos pares dicotómicos sujeto/objeto, naturaleza/cultura, cuerpo/mente, pensar/hacer, entre otros tantos. Dada la imposibilidad mencionada más arriba, solo se mencionan aquellos recorridos que, en la experiencia de quien escribe, han permitido reconocer en el horror a la indeterminación el principal escollo para el surgimiento de modos de vivir más sustentables en el tiempo y tolerantes de la diversidad en todos sus registros. Por ello, y aún sabiendo que quedan excluidas un sinnúmero de otras tradiciones, se rescatan aquí la experiencia militante de la ecología social, la fenomenología en la versión de Merleau-Ponty, la ontología magmática planteada por Castoriadis, la experiencia teórica/vivencial de la terapia gestáltica y la vivencia del Seitaï propuesta por el maestro H. Noguchi.

Al volver la mirada sobre los escollos y las limitaciones concretas que el horror a la indeterminación conlleva, antes que nada cabe preguntarse sobre el sentido de este horror y sus efectos en el mundo histórico-social; o, en otros términos, interrogarse por lo que se podría denominar la dimensión política de esta cuestión. ¿Para qué esa obstinada pretensión

de erradicar cualquier indicio de indeterminación de la vida misma? ¿Para qué forzar hasta el extremo el pensamiento intentando encontrar aquel punto de partida inamovible-inalterable-eterno sobre el cual fundamentar todo? O en otras palabras, ¿para qué conjurar de una vez y para siempre la posibilidad de lo nuevo que alberga la indeterminación? ¿Para qué negar la potencialidad de aquello que se presenta como lo radicalmente otro?

Esta negación de la alteridad en todos sus registros es claramente vivida como una amenaza permanente tanto en el plano de la vivencia más íntima del sujeto consigo mismo como en el plano de las relaciones interpersonales y sociales que este establece. De este modo los sujetos viven como una necesidad acuciante definir de una vez y para siempre aquello que ellos son para sí mismo, y por ende, lo que son los demás. En términos generales, participan activa y pasivamente de un mundo histórico-social en el cual son alimentadas permanentemente tanto la ilusión de que alguna vez sabremos acabadamente que es el mundo como así también la irrisoria posibilidad de controlarlo y dominarlo sin omitir resquicio alguno. Y es en este afán por exorcizar la indeterminación, por la vivencia amenazadora de su sola presencia, que la dominación se ha convertido en el paradigma de las relaciones que los sujetos establecen entre ellos, con el mundo y consigo mismos. Así es como

la política deja de ser una actividad lúcida y creativa tendiente a establecer las condiciones de existencia que la mayoría encuentra como deseables, para constituirse en la mera gestión técnica en manos de los profesionales de turno, poseedores de tal o cual receta que va a solucionar nuestros problemas definitivamente.

A la vez, se abandona la idea de una educación como actividad creadora de subjetividades abiertas a la acogida de lo auténticamente otro, para reemplazarla por una paupérrima instrucción de los sujetos por parte de instituciones caducas, autoritarias e ineficientes, y que en el mejor de los casos funcionan como contenedores de niños, adolescentes y jóvenes, para evitar que caigan en actitudes y acciones destructivas del medio y de sí mismos. En este mismo camino, resulta casi inevitable que los individuos que han sido formados en el horror a aquella indeterminación que en ellos habita se esfuerzen permanentemente por tener bajo control absoluto ese otro de sí mismos que les resulta ajeno y amenazante, y que por regla general no suele acomodarse a las exigencias de un mundo organizado por las demandas de la racionalización y la eficacia del mercado. Los sujetos recaen así constantemente en el desconocimiento de sus pasiones y necesidades vitales básicas, generando una plétora de patologías, que a la postre son tratadas con mayor rigor

y represión, buscando erradicarlas, lo cual deriva en un círculo que agrava cada vez más la situación. Quizás la estrella de este modo de vivir evasivo de la indeterminación sea la economía entendida como la gestión racional de recursos escasos para la satisfacción de necesidades ilimitadas.

Hay que hacer un pequeño paréntesis para destacar aquí que las necesidades parecen ser lo único que goza de un carácter de indeterminación en tanto son asumidas como ilimitadas —sin fin—, pero lo funcional que resulta a lógica del mercado capitalista la atribución de este rasgo debería poner sobre aviso a cualquiera sobre el carácter puramente ideológico de esta. Lo paradójico en este punto es que la ciencia económica, que no admite más su condición de ciencia social, sino que se pretende una ciencia exacta, ostenta haber encontrado en sus fórmulas mercadotécnicas la solución definitiva al problema, por ella misma planteado: sostener un *natural* crecimiento ilimitado en función de unas necesidades ilimitadas dentro de un mundo de recursos finitos en cuanto al ritmo de regeneración, en relación con los plazos planteados por la rentabilidad del mercado financiero.

Una vez más la ilusión de la determinación parece haber triunfado. Así es como la economía deja de ser entendida como un actividad y un saber tendiente a proporcionar las condiciones de vida de sujetos

concretos inmersos en una entramada y compleja relación, por cierto no exenta de conflictos con su medio social y natural, para convertirse así en un paquete de recetas e indicadores macroeconómicos que nada tienen que ver con la vida cotidiana de las personas.

Todos estos modos en los cuales el horror a la indeterminación se plasma en múltiples formas institucionales dentro del mundo histórico-social, no son más que variaciones de la obstinada negación por parte de los sujetos en asumir que más allá de todos los esfuerzos destinados a ocultar el sin-sentido de la existencia misma, no queda otra alternativa que crear provisorias formas de contrarrestar los permanentes embates a los que nos somete esta falta de sentido radical.

La fragilidad que han demostrado las sociedades más desarrolladas frente al infinito poder de ese caos que habita en la naturaleza en general y en los más profundos rincones del alma humana es la constatación de que no hay ninguna garantía sobre el futuro de nuestras instituciones por más refinadas y elaboradas que estas lleguen a ser. Y esto resulta por demás inquietante. Por cierto que no se está afirmando aquí que no existan en el mundo ningún tipo de determinaciones—regularidades—, la existencia misma de todo lo que hay funciona en base a ellas, y esto ya fue genialmente planteado en los albores de la filosofía occidental por Anaximandro, como bien lo

señala Castoriadis. Para el presocrático, existir no era otra cosa que el paso mismo de la indeterminación absoluta—*apeiron*—hacia algún tipo de determinación.

Lamentablemente esta enunciación que reconoce el lugar de la indeterminación fue radical y sistemáticamente desterrada del imaginario dominante de la cultura occidental, en las manos de otro filósofo no menos genial: Platón. Esta operación platónica, por cierto, resultó fatalmente desastrosa en lo que concierne a sus efectos políticos, por haber sentado las bases de la hegemonía de un pensamiento y una organización de la vida centrados en la determinación. No es casualidad que el propio Platón haya sido enemigo declarado de la democracia, que viene a ser, por definición, el régimen político basado en la diversidad y la fluctuación de las opiniones—que hoy pueden ir en un sentido y mañana en otro, que no están en su totalidad sujetas a una férrea relación causal y que por lo tanto no son previsibles—. Ante semejante inestabilidad y amenaza, la salida parece no haber sido otra que apelar a la creación e institución de un imaginario según el cual todo está ya determinado en sus orígenes, y aquellas indeterminaciones a las cuales se asiste de manera constante en la experiencia del mundo no son más que una ilusión o mera apariencia que se debe despejar o sobreponer. Esta operación en el plano de la filosofía, para nada inocente, es la otra

cara, si se quiere usar esta imagen, de una práctica concreta en el plano ético/político.

Ahora bien, ¿cuán platónicas siguen siendo las actuales formas de hacer/pensar? ¿Las instituciones vigentes se orientan hacia una acogida de lo indeterminado, de *lo otro*? O por el contrario ¿son instituciones tendientes a eliminar cualquier indicio de indeterminación? Lo que en un lenguaje estrictamente político sería ¿cuán democráticas, en el sentido más radical que se le puede dar a este término, son las instituciones que día a día recreamos y sostenemos?

Basta con echar una mirada a nuestro alrededor y constatar, en la coyuntura que nos toca vivir, que día a día se desenmascara esa flagrante dominación—el pseudocontrol— que se pretende ejercer sobre cualquier aspecto de la vida. Los ejemplos abundan por doquier. Fukuyama puso en evidencia que hasta el más alto y sofisticado desarrollo tecnológico no vale nada cuando del despliegue de las fuerzas de la naturaleza se trata, los costos de sostener un determinado consumo energético se convierten ahora en una hipoteca que varias generaciones futuras deberán asumir, sin haber sido consultadas.

Por otro lado, las recetas financieras de los tecnócratas de la Unión Europea parecen no corresponder con lo que los ciudadanos griegos, españoles, portugueses, entre otros, reconocen como sus necesidades más acuciantes; sin embargo, el

ajuste sigue adelante a fuerza de represión de una multitud que no se caya. Grandes multitudes en los países árabes, manipuladas o no, poco importa en este punto, reclaman reformas radicales para sus sistemas de gobiernos autoritarios, corruptos y que desconocen sistemáticamente los reclamos de las mayorías. Todo el territorio de la América, incluso luego de décadas de gobiernos *progresismo*, sigue preso de un modelo de desarrollo y crecimiento basado en la extracción y exportación de materias primas, que en el mejor de los casos son convertidas en productos agrícolas para atender el mercado internacional de los *comodities*, amenazando seriamente de este modo la continuidad de sus ecosistemas y las poblaciones que en ellos habitan.

En todos y cada uno de los casos aquí expuestos, la dominación es la constante que atraviesa las relaciones instituidas entre los sujetos y de estos con el medio ambiente. Lo que resulta más preocupante es que estos modos basados en la dominación se reproducen, con sus matices particulares, al interior de las distintas tradiciones políticas que conforman la modernidad. Y así lo ponen en evidencia aquellos movimientos sociales que no se sienten, ni quieren sentirse, representados por estas tradiciones, a las

cuales les exigen cada vez más ser respetados en su especificidad, en su radical otredad, para lo cual se instituyen permanentemente como movimientos que no aceptan ser determinados desde fuera, atrapados en una definición dentro del esquema de la tradición política. Sería un error entender esto último como una debilidad de estos, muy por el contrario, los procesos que estos llevan adelante dan como resultados firmes determinaciones en lo que respecta a su identidad y objetivos, los cuales están precisamente en un constante proceso de determinación que exige ser respetado en sus tiempos y formas específicas.

Para finalizar este recorrido, que en ningún momento ha pretendido dar por cerrada la problemática planteada, sino más bien dejar abiertos una serie de interrogantes en torno a la cuestión, el desafío que se enfrenta hoy parece ser ¿cómo sostener y cobijar prácticas políticas que asuman su indeterminación más radical? ¿Cómo hacer para no ceder frente al horror a la indeterminación, para evitar recaer una y otra vez en formas de vivir que paradójicamente sofocan la vida?

César Marchesino

